



#### REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

#### ÉPOCA II.—NÚM. XXIV.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 30 de Diciembre de 1875.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

#### NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

(CONCLUSION).

IV.

#### EL RESCATE.

El vigía colocado en la punta de la torre de la abadia de San Víctor de Marsella acababa de distinguir varias embarcaciones, que muy pronto iban á entrar en el puerto, y ya muchas gentes se apresuraban por llegar cuanto antes al muelle para reconocer en el velámen y en el modo de bogar aquellos bajeles, empujados rápidamente por un viento fresco. Entre el gentío bullicioso y agitado se veía un pequeño grupo separado, compuesto de una mujer vestida de negro ó en traje de viuda, de una jóven tímidamente apoyada sobre su madre, y de un robusto y hermoso muchacho de unos doce años que, como distraído, se entretenía en acariciar á un ligero lebel; un criado ya anciano se hallaba de pié, á muy corta distancia de sus amos, y todos fijaban su impaciente vista en las velas blancas que poco á poco iban acercándose, medidas por las

olas que levantaba la brisa matutina; ya se distinguían, aunque de lejos, los dibujos que en las aguas formaban las arboladuras y aparejos, y las formas diferentes de tres naves; á muy poco rato se hicieron visibles los colores de los pabellones enarbolados en sus proas, y pasados unos instantes de zozobra y de inquietud, un experimentado marino empezó á gritar en alta voz: «¡Alabada sea Nuestra Señora de la Guarda! ya conozco la primera embarcacion, es la *Nave feliz*; viene de Palermo, y nos traerá noticias del señor de Anjou, marido de la señora Beatriz de Provenza.

—Y la segunda, interrumpió otro, es la carabela *Santa María*, que viene de Esmirna cargada de frutas y de esencias.

En efecto, las dos naves anunciadas no tardaron en entrar en el puerto entre las aclamaciones y gritos de alegría de una infinidad de curiosos. La tercera, mas pesada, iba quedándose atrás por efecto de la lucha que sostenía contra el viento que arreciaba. La viuda y sus hijos, sin perderla un momento de vista, no participaban de la alegría general, sino que por el contrario crecía por grados su ansiedad, y de vez en cuando la pobre y afligida señora exclamaba:



—Vuestra esperanza es inútil, hijos míos, Dios quiere probarnos más.

—Madre mia, exclamó de repente el jóven, mirad.... yo distingo de muy lejos, y me parece ver el estandarte de la religion que frota en la segunda nave.

La viuda perdió el color, y llevando sus manos á su corazon, casi desfallecida entre el gozo y el temor, imploró el auxilio divino.

En efecto, el navio estaba ya á la vista y se distinguia la bandera que, azotada por el viento, tremolaba en la proa; en ella se veian sobre fondo blanco las armas de Aragon y la divisa *Redemptionem misit populo suo*.

—¡Es el *San Juan Bautista*, el navio de los redentores! exclamó el pueblo á una voz.

—¡Dios mio! dijo la viuda, ¿seria cierto? ¡Oh, Virgen Santísima, no permitais que mis esperanzas queden frustradas!

Y al pronunciar estas palabras miró y vió sobre la cubierta del navio un hombre envuelto en una capa blanca.

—¡Madre mia! dijo la jóven, es él, ese es el sacerdote!

—¡Y le acompaña un cautivo ¡viva! ¡viva! gritaron los marinos y toda la gente; ¡viva Nuestra Señora de la Guarda! el cautivo depositará las cadenas en su altar.

La señora, llevada como por instinto natural, se acercó á la orilla; parecia que se le oscurecia la vista, y no se atrevia á mirar por temor de no ver al esposo tanto tiempo esperado; pero los gritos de alegría de sus hijos y de los circunstantes la obligaron á levantar la vista.... El navio se hallaba ya en el puerto; un hombre pobremente vestido, los piés descalzos y las manos cargadas de cadenas, pero con semblante alegre, acababa de desembarcar. La señora al verle dió un grito, se adelantó un poco, y embargada por la alegría, cayó en los brazos del cautivo. Este la estrechó contra su corazon, bendijo con una señal á sus hijos, los cuales, puestos á sus piés se daban prisa de quitarle las cadenas, que él mismo se habia colocado hacia poco. Despues, volviéndose á los que le rodeaban, y señalando al religioso que bajaba del navio, exclamó en alta voz:

—Esposa mia, hijos míos, si me amais, amad y bendecid á este religioso; le debo mi libertad y hasta mi vida, pues sin él ya no existiria; si quereis, pues, darme una prueba de que amais á Melfort, ninguna puede ser mayor que la de amar á este santo hombre.

Y al observar que éste trataba de ocultarse y alejarse, el caballero le detuvo vigorosamente por el brazo, y gritó en voz todavia mas alta:

—Me buscó en los confines del desierto; me encontró moribundo de la peste que me habia atacado, y sin temer al contagio, sin disgusto ni aprension, se instaló á mi lado, y con sus escusivos y esmerados cuidados, y aun más, con su buena amistad, me volvió la salud y la vida. Los infieles exigian una fuerte suma por mi rescate, y ese santo religioso se ofreció á quedarse cautivo en mi lugar; pero Dios y su bendita Madre son testigos de que jamás hubiese yo consentido en ello. Eso es lo que ha hecho por mí, oidlo todos, y tú en particular, hijo mio, pues quiero que todo el que lleve el nombre de Melfort sea en adelante y siempre el amigo y el servidor de la santa Orden de la Merced.

Apenas el cautivo acabó de pronunciar estas palabras, cuando un hombre embozado en una capa de paño burdo y cubierta su cabeza con un sombrero de anchas alas, abriéndose paso por entre la muchedumbre y dirigiéndose á Melfort le dijo:

—¿Sois vos el señor de Melfort? ¿Sabeis el nombre del que os ha rescatado?

—No sé sino que se llama el padre Berenger; no le conozco por otro nombre.

—Pues sabed, replicó el desconocido, que se llama Berenger de Elvar.... ¡Ah! mi buen amo, mi querido señor, continuó, cogiendo las manos al religioso, estrechándoselas y llenándoselas de lágrimas, por más que querais ocultaros, yo os he reconocido!....

Melfort dió un paso atrás sobrecogido de estupor; miraba al religioso con cierto espanto, y como si se le hubiera aparecido un muerto salido del sepulcro.

—¡Berenger de Elvar!.... balbuceó al fin, ¿será verdad?

—¿Si es verdad? hubiese reconocido á mi amo en medio de un ejército, exclamó Santiago el Rojo, pues era él; yo fuí en otro tiempo su vasallo, su esclavo, y me dió la libertad, y me enriqueció; ahora, gracias á él, soy hombre libre y ciudadano; es mi bienhechor.

—Y el mio, dijo Melfort cayendo de rodillas á los piés de Berenger; servidor de Dios, ¿es cierto todo lo que oigo? ¿Y vos sois quien me habeis salvado la vida con peligro de la vuestra, á mí? ¿sabiendo quien era yo me habeis colmado de beneficios?....

—No os humilleis así, hermano mio, ante un pecador, respondió Berenger levantando al caballero; olvidemos lo pasado y roguemos á Dios que nos perdone nuestras mutuas ofensas.

—Vuestro perdon es lo que yo imploro para conseguir el del Señor, replicó Melfort, porque



habeis de saber, continuó, que desde el día en que por vengar los agravios hechos á mis padres causé la desgracia de los vuestros, llevando el luto y la desolacion á vuestra casa, desde ese día fatal no he tenido un momento de sosiego ni de tranquilidad, y hasta las felicidades que el cielo me concedía estaban mezcladas de amargura.... Sin embargo, me consideraré absuelto de todo si os dignais perdonarme.

—Recibid este abrazo como prueba de amistad, contestó Berenger, estrechando contra su corazón al que había sido el enemigo y destructor de su casa y familia; vamos al altar, donde yo ofreceré la sagrada víctima, y recibiré la prenda de la misericordia de Dios; venid, acompañadme.

Y ambos abrazados se dirigieron á la capilla de Nuestra Señora de la Guardia, seguidos de Santiago el Rojo y de un inmenso gentío. El cautivo depositó sus cadenas á los pies de la milagrosa imagen; en seguida se dió principio á la misa, en la que Berenger sacrificó por última vez en el altar la memoria del odio y del resentimiento, y cuando unido al Salvador de los hombres puso la sagrada hostia en la boca de Melfort y en las de su esposa é hijos, desaparecieron para siempre hasta los menores restos de la enemistad que había reinado entre las dos familias, que desde entonces formaron una de hermanos, unidos con los lazos de la caridad divina, con los sacrificios de la virtud más heroica, y con la gratitud más humilde y más verdadera.

G. M. y G. de la I.

## Á LA VIRGEN DE LOS DOLORES.

### POESÍA.

Madre sola y desamada,  
Paloma desventurada  
Que lloras muerto á tu bien,  
Azucena de Salem  
Por los vientos agostada,  
¿Quién tus dolores causó?  
¿Quién inhumano tu pecho  
Con el dardo fiero hirió?  
¿Quien junto á la cruz, el lecho  
De espinas te preparó?  
¡Ay! que con duelo profundo  
Viste en el madero fijo,  
Exánime y moribundo  
Á Jesus ¡y era tu hijo!  
¡Tu amor, tu gloria en el mundo!  
¡Sola estás! cadáver frio  
Es ya Aquel, que el señorío  
De cielos y tierra tiene,

El que los mares contiene  
Y manda al viento bravío.

¡Sola estás! y en la montaña  
Aun ruje la muchedumbre  
Que contra el Justo se ensaña;  
¡Aun en pura sangre baña  
La negra, siniestra cumbre!

¿Quién hay que ante duelo tanto,  
Madre de amarguras llena,  
No vierta contigo llanto,  
Ni sienta al ver tu quebranto  
Partirse el alma de pena?

Mas ¡ay! ¡perdon! ¡oh María!  
Nosotros al Justo herimos  
Con nuestra maldad impía!  
Nosotros, nosotros fuimos  
La causa de su agonia!

Y porque el misterio asombre  
De su ternura hácia nos,  
Te negé de madre el nombre;  
¡Perdiste por hijo á un Dios  
Para ser madre del hombre!

Y nos tendiste los brazos  
Aun trémulos con tu duelo,  
Y, rota el alma en pedazos  
De nuevo uniste los lazos  
Entre la tierra y el cielo.

Que tú, ante el eco doliente  
De su voz desfalleciente,  
«¡Hijos serán de mi amor!»  
Dijiste, alzando la frente  
Marchita por el dolor.

¡Oh! bendita seas, Señora,  
Que no olvidas ni en la hora  
De tu hondo pesar prolijo,  
Á la raza pecadora  
Que crucifica á tu Hijo.

Hénos aqui ante tu altar  
Arrodillados de hinojos  
Tu angustia por consolar;  
¡Llanto derraman los ojos  
Al ver los tuyos llorar!

Hoy que gimes, hoy que sola  
Como flor, cuya corola  
Combate el airado viento,  
Devoras hondo tormento  
Por el justo á quien se inmola.

Oye tambien los gemidos  
De los que en llanto deshechos  
Están á tus pies rendidos;  
Oye los tiernos latidos  
Que dan por tí nuestros pechos.

Y pues que quisiste ser  
Amparo y madre del hombre  
Y su suerte proteger,  
No nos niegues el placer



No nos niegues el placer  
De darte tan dulce nombre.  
Y al acabar nuestra historia  
En el día de la victoria,  
Dínos compasiva y buena:  
«¡Pues llorásteis con mi pena  
Gozad conmigo en mi gloria!»

Francisco Díaz Carmona.

## ISOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

Turbada, pues, y confusa hasta el extremo, no sabía qué contestar á su amiga, que aguardaba una respuesta mirándola fijamente.

—¿No tienes valor para hablarme de tus padres? Ya lo veo, dijo al cabo Fanni con dulzura. ¡Sin duda tu niñez ha sido muy triste, y te hace daño volver los ojos atrás!

—¡Oh!...

—Pues bien, dejemos esta conversacion: para amarte, para saber que eres un ángel me basta con conocerte, con haberte visto una vez: Pensemos en otra cosa: hablemos de mí.

—Cuán buena eres!

—Yo quedé huérfana hace cuatro años.

—Entonces eres más feliz que yo, pues habrás podido....

—Te engañas, dijo Fanni moviendo tristemente la cabeza.

—¿Cómo!

—Muy niña todavía y con pretexto de empezar mi educacion, me separaron de mi madre.

—¡Ah!

—Me llevaron á un gran colegio donde era tratada con la mayor consideracion; pero sin ese dulce cariño que embellece el hogar doméstico. Al principio ella venia á verme con frecuencia, acompañada siempre de mi padre; luego sus visitas eran más escasas: alguna vez al estrecharme contra su corazón creí ver en sus ojos una lágrima; pero yo era muy niña y jamás pude comprender si realmente tenía pesares. Un día la pregunté, sin embargo, si estaba triste.—No, me respondió suspirando, pero estoy muy enferma y temo dejarte sola, hija mia. Yo me arrojé en sus brazos y la besé con afán. Despues.... Mi padre vino á verme solo; le pregunté por ella y me dió no sé qué disculpa para excusar su ausencia. Dijo que los médicos la habian aconsejado un clima más apacible y que debia viajar por algun tiempo. Efectivamente, un día vino á despedirse de mí....; jamás olvidaré aquellos mo-

mentos... estaba pálida, muy pálida... me abrazó llorando... y se alejó para siempre. ¡No la volví á ver!

—¡Dios mio!

—Pasó mucho tiempo; mi padre volvió, mandó que me vistiesen de luto, y desde entonces me manifestó una ternura más extremada. Habia concentrado en mí todo el cariño de su alma y parecia que á fuerza de amor queria indemnizarme de la pérdida que habia sufrido. Nada me negaba, adivinaba mis menores caprichos para satisfacerlos al instante; ningun padre puede haber más amante, más condescendiente para su hija. Ha procurado hacerme todo lo feliz que una criatura puede ser en este mundo, y lo ha conseguido, puesto que sin el recuerdo de mi pobre madre, sin la falta de su ternura no habria una más dichosa que yo, y creo que siempre será lo mismo porque...

Fanni vaciló un instante.

—Sigue, la dijo Elena que la habia escuchado atentamente.

—Pues bien, no quiero ocultarte nada; creo que mi padre al ocuparse de mí porvenir asegurará mi ventura, realizando los sueños de mi corazón.

—No te comprendo.

—Es decir... buscándome para cruzar el camino de la vida un compañero digno, noble y leal.

—¿Cómo!

—Escucha: yo al venir á España, al dejar no solo mi colegio sino nuestra casa de Inglaterra, solo habia pensado en mis flores, en mis trajes, en mis adornos; jamás mi corazón se habia estremecido ante la mirada de un hombre, ni habia llegado á sonar en mis oídos una palabra de amor.

—Continúa, murmuró Elena que empezaba á adivinar algo que la hacia daño.

—Pues bien, al llegar aquí, mi padre me presentó á un joven...

—¿Un joven!

—Sí: el hijo de uno de sus amigos, un opulento y noble lord de Inglaterra.

—¡Ah!

—No sé por qué, al ver á aquel hombre me turbé y sentí en mi alma una emocion dulce y penosa á la vez; sus ojos tenían un lenguaje desconocido hasta entonces para mí; en su acento habia un eco que resonaba en el fondo de mi pecho.

—Y bien?

—Mi padre le miraba con una distincion y un afecto estremado; me suplicó que le tratase con entera confianza, y al comprender acaso la impresion que habia producido en mí....



—Qué?

—Pienso que quiere....

—Dí!

—Labrar mi dicha haciéndole mi esposo.

—Tu esposo!

—Sí; tal vez hay en esto algo que yo no comprendo; pero solo sé, que cuando nos quedamos solos despues de mi primera entrevista con él, mi padre me dijo estrechándome afectuosamente contra su corazon: Fanni, hija mia, procura por cuantos medios estén á tu alcance agradar á ese jóven; me va en ello más que la vida.

—Más que la vida!

—Eso dijo: y ayer mismo al llamarme á su despacho, cuando me habló de tí, volvió á repetírmelo con más insistencia aun y con mayor empeño que antes, pues me dijo con un acento casi angustioso, casi suplicante: haz que te ame, que sea tu esposo; de eso depende acaso mi existencia!

—Dios mio! y tú...?

—Yo creo que solo tiene tal afan porque comprende que esta union hará mi eterna ventura, y como me ama tanto!

—Y... dime... ese hombre...?

—Es noble, rico, digno del amor de una reina.

—No te pregunto por su posicion, exclamó Elena con una dolorosa impaciencia; te pregunto por su nombre, te pregunto quién es.

—Su nombre es Ricardo Dervil; ¿no te lo habia dicho aun?

—Ricardo! exclamó la pobre niña: Ricardo!

—Le conoces?

—Yo...

—¿Quizá le has visto alguna vez desde aquí cuando le hemos recibido en nuestro jardin?

—Sí, creo que sí, repitió Elena sin saber casi lo que decia, y procurando detener las lágrimas que pugnaban por saltar de sus ojos.

—Es verdad que merece ser amado?

—No sé... no puedo saber....

—Oh! ya le verás y podrás juzgar.

Elena estaba pálida y se sentia desfallecer. Sus sospechas habian sido una terrible realidad.

Ricardo era el amado, el prometido casi de otra! esta idea la volvía loca.

¡Es tan distinta la duda de la certeza!

En aquella hay siempre un destello de esperanza: en ésta no hay ilusiones ni consuelo ya.

Sin embargo, aun le quedaba á la triste jóven una palabra que oír, un detalle que saber.

¿Amara Dervil á Fanni? ¿entraría él tambien en las ideas del banquero, ó aquel proyecto de enlace era independiente de la voluntad de Ricardo y solo existia aun en la mente de Montalvan?

Este débil rayo de luz iluminó por un instante el corazon de Elena, y animada por él preguntó con mal encubierto afan:

—¿Y... él, te ama tambien él?

—Yo creo que sí, respondió Fanni sonriendo; yo creo que sí, ¿qué mujer no adivina los sentimientos que inspira, aunque no lo digan los labios, si los dicen los ojos, si lo dicen las acciones?

La jóven nada contestó; pero su mano tembló de un modo tan notable en la mano de su amiga que esta preguntó:

—¿Te sientes mala, sufres acaso?

—Yo... no... ¿por qué?

—Hemos hablado antes de tu madre, y á pesar de mis esfuerzos por distraerte de este pensamiento creo que no lo he conseguido. ¡Cuánto me pesa de haberte entristecido! pero era tal el afan que que mostraba mi padre por saber... en fin, le diré que tu madre se llamaba Consuelo, que murió hace ya tiempo, y sobre todo, que te quiero mucho, que eres un ángel, y que deseo que él te ame tambien.

La conversacion de las dos jóvenes fué interrumpida por la llegada de miss Ana, que venia á llevarse á Fanni, afortunadamente para Elena, cuyo dolor quizá hubiera vendido su secreto si continuasen hablando un momento más.

Cuando la jóven quedó sola, un mar de llanto brotó de sus ojos y murmuró con doliente voz:

—¡Oh madre mia, madre mia! si vivieses iria ahora á depositar en tu seno este amargo pesar de mi alma; iria á preguntarte por qué deja Ricardo de amarme, por qué se me ha callado el nombre de mi padre, ¿por qué ese hombre que apenas conozco se ocupa con afan de mí? pero ¡ay! estoy sola, sola con tu recuerdo! con tu recuerdo... ¡oh! quién sabe si esa memoria santa me puede dar aun consuelo y luz! no poseo un paquete cerrado con algunos papeles de mi pobre madre, paquete que mi anciano abuelo me suplicó que no abriese hasta el día en que mi razon estuviere formada? á qué aguardo? hoy sufro, hoy necesito consuelo; á quién he de pedirselo más que á mi madre? Sí: esta noche sabré la verdad; esta noche, cuando todos duerman, leeré sus memorias, y mañana quizá podré responder cuando Fanni me pregunte quién es mi padre: mañana tal vez sabré por qué mi madre fué desgraciada, y acaso en sus palabras hallaré consuelo y valor, adivinando si existia algo de comun entre ella y el padre de Fanni.

(Continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.



## LA VIRGEN DE LA ESPERANZA.

## (CONCLUSION.)

—¡Dame lo que posees ó te ahogo! le dijo con voz trémula.

—¡Ay! ¡No poseo nada! exclamó el viajero; ¡Soy tan pobre como tú; ando errante y perseguido!

En este momento un relámpago iluminó su pálido rostro.

—¡El virey de Nápoles! gritó Genaro con salvaje júbilo. ¡Prometen montones de oro al que entregue tu cabeza!

Y, á pesar de sus súplicas, le arrastró consigo hasta el interior de la cabaña.

Quizá fué advertencia divina, porque chocaron entonces con mayor furia los huracanes, mugió el mar, gimieron los antros, y la choza se tambaleó como si estuviese próxima á desplomarse.

El alma de un justo iba á perderse para siempre, y se estremecían de dolor los cielos y la tierra.

Genaro no vaciló en su resolución nefanda.

Su albergue se dividía en dos mitades; en la una dormitaba Gelsomina, sobre un jergon de paja; en la otra encerró á su prisionero, anciano y enfermizo. Su plan estaba formado: dejarle allí cautivo, correr á Nápoles y reclamar la suma.

Pero para salir necesitaba volver á pasar por el aposento de Gelsomina, y á la cabecera del lecho de Gelsomina estaba la imagen de la Virgen de la Esperanza, iluminada por los reflejos de la lámpara que ardía delante de ella.

Genaro soltó un grito; le pareció que los ojos de la imagen estaban fijos en él; pero no con mirada amenazadora, sino triste y compasiva....

—¡Ilusion! ¡Ilusion! dijo en voz baja.

Y quiso pasar adelante.

Pero los ojos inmortales le seguían, y su mirada era cada vez más triste, cada vez más compasiva.

Genaro dió algunos pasos; volvió atrás.

Tres veces llegó hasta el dintel de la puerta; tres veces retrocedió, atraído por una fuerza misteriosa.

Por fin, cayó de rodillas en medio del aposento, y prorumpió en sollozos.

Entonces le pareció que la imagen bendita tomaba cuerpo, salía del cuadro, y se acercaba á él con las manos extendidas, y envolviéndole en los pliegues de su verde manto. Y al punto llegaron á sus oídos armonías divinas, y un océano de suave luz inundó la estancia....

—¡Genaro! murmuró una dulce voz, ¡Genaro! ¡Genaro!

Genaro levantó la cabeza; la santa visión había desaparecido, pero Gelsomina estaba sentada sobre el lecho.

—¡Oh! ¡Qué sueño tan hermoso! dijo la enferma juntando las manos con inefable júbilo. Acabo de ver á la Virgen de la Esperanza, rodeada de ángeles, sentada sobre su trono de esmeraldas, y me ha dicho: «Tú me has dado culto en los días de bonanza, y yo vengo á tí en la desventura. El error de un momento está borrado; dí á Genaro que obre bien; que sufra y espere.»

Genaro ya no la oía: corrió á abrir al viajero,

le dió su capa para que se resguardase de la lluvia, le dió un zurrón con las únicas provisiones que le quedaban, y le dijo:

—¡Partamos! Yo os serviré de guía hasta que esteis en salvo.

La noche era oscura, las tropas que habían salido en persecución del fugitivo cruzaban en todas direcciones.

Genaro, desafiando todos los peligros, le ofreció el apoyo de su brazo, y no le abandonó hasta dejarle en un lugar seguro.

Después volvió á su cabaña.

Volvió alegre y satisfecho, con una alegría inmensa y desconocida: ¡Es que había triunfado de sí mismo!

Sin saber cómo, su pié se hundió en una desquebraja del camino, dejada en descubierto por la reciente lluvia. La tierra reblandecida cedió bajo su peso, y se halló en una cueva, en donde, entre otros extraños objetos, vió una pequeña estatua. Tomóla, salió como pudo de la cueva, y prosiguió su camino.

Era ya de día.

—¿Quién te ha dado eso? le preguntó un caballero que avanzaba al galope seguido de una numerosa comitiva.

Y sin esperar la respuesta, tomó la estatua, la examinó, y repuso poniéndole en la mano una bolsa llena de oro:

—Yo la compré, y cuando tengas alguna otra ve á buscarme á mi palacio de Nápoles; soy el príncipe de Elbeuf.

Genaro brincando, cantando y haciendo resonar su oro, llegó á su cabaña.

¡Oh, milagro! Gelsomina le esperaba en el umbral de la puerta y sonreía.

Genaro volvió á buscar la cueva portentosa y la halló, á pesar de que estaba otra vez cubierta la entrada de hojas y de flores.

En seguida la ahondó, pretestando que quería hacer un pozo, y encontró con grande asombro suyo, dilatadas galerías, llenas de estatuas bellísimas iguales á la primera.

¡Herculano estaba descubierto!

Una buena acción había arrancado la losa mortuoria que cubría desde tiempo inmemorial la pecadora ciudad de otras edades.

Inútil es decir que el príncipe de Elbeuf, tan amante de las artes, no fué avaro. Inútil es decir que el lecho de paja sobre el cual descansaba Gelsomina, se convirtió en lecho de plumas, y la choza en magnífico palacio.

Pero junto al palacio se construyó una iglesia, dedicada á la Virgen de la Esperanza, y Genaro decía mostrando á los habitantes de Pórtici la bendecida imagen:

—¡Esa es la piadosa Madre, amparo del pobre, consuelo del atribulado, refugio del que está en el mundo bebiendo el cáliz de la amarga hiel, á imitación de su sacrosanto Hijo, para resucitar como él triunfante en la mansión eterna!

¡Esa es la que surca las olas del mar para conducir el naufrago á seguro puerto; la que guía por su senda de abrojos al peregrino, la que muestra al quejumbroso enfermo las esperanzas de otra vida!

Esa es, por último, la que se alberga en los corazones doloridos para murmurar con voz sua-



ve: «Sufre y espera; no hay llanto que no termine en risa; no hay risa que no termine en llanto. La desesperación conduce irresistiblemente al crimen y la desventura; la esperanza cubre de flores los males de hoy, y engendra para mañana hermosos frutos.»

¡Oh, hermanos míos, concluía diciendo Genaro, derramando lágrimas de gozo, porque el culto á la esperanza me protegió esta buena Madre en el trance más amargo de mi vida; ¡porque tuve esperanza soy dichoso!

Ángela Grassi.

## SECCION INFANTIL.

### CORONA DE LA INFANCIA.

#### FLORES DEL CIELO.

#### LAS ROSAS DEL PARAISO.

##### (CONCLUSION)

Calixta y Cristina, ambas hermanas, ambas jóvenes y bellas, vivían en el palacio de Druso, bajo la protección de Apricio.

Hijas de padres cristianos, y cristianas á su vez, habían sido como Dorotea acusadas ante el procónsul y conducidas á su presencia, para intimarles las órdenes del emperador; pero más débiles que la santa niña, habían temblado ante los tormentos y habían retrocedido ante la muerte, refugiándose en el perjurio para salvar su existencia.

Como eran tan pocos los triunfos que sobre los hijos de la Cruz conseguían los paganos, como tan rara vez los discípulos de Cristo abjuraban de sus creencias, ni seducidos por las promesas ni aterrados por las amenazas, dieron á la debilidad de Cristina y de Calixta un valor extremo, é hicieron alarde de aquella triste conquista, colmando á las jóvenes de elogios y de atenciones, y rodeándolas de todo cuanto el lujo y el fausto romano habían llegado á inventar.

Perfumes, armonía, flores, piedras preciosas y trajes de brocado, todo lo tenían en torno y de todo se hacía ostentación ante sus asombrados ojos.

Á su lado, pues, fué conducida Dorotea, esperando que aquel espectáculo hiciese cambiar su resolución.

La estancia en que se encontraban retiradas se hallaba situada en el interior del palacio, y recibía la luz de una alta ventana, por la que penetraba débilmente un rayo de sol.

Magníficas colgaduras de Tiro tapizaban las paredes; nubes de blanco humo se extendían en el espacio, alzándose de dos braserillos de oro, donde se quemaban los más delicados perfumes.

Cristina, cubierta de una túnica de púrpura recamada de oro, se hallaba junto á su hermana que, vestida de brocado azul y plata, se reclinaba perezosamente en los muelles almohadones que adornaban la estancia.

Una lira de oro caída á sus pies producía aun un eco vago, última nota de un himno elevado á Vénus, que la joven acababa de modular.

La cortina que cubría la entrada se levantó para dar paso á la virgen cristiana.

Dorotea, con su blanca túnica y su diáfano velo blanco también, dió algunos pasos y quedó inmóvil en medio de la habitación.

El rayo de sol que penetraba en ella iluminó con viva luz su hermoso semblante y resbaló dorado y puro sobre el oro de sus cabellos, dejando en una media luz lo restante de la estancia.

La niña cristiana pareció un ángel ó una visión celestial á las dos hermanas, que fijaron en ella sus asombrados ojos.

—¿Quién eres? la preguntaron á la par.

—Soy Dorotea, humilde esposa de Jesucristo; respondió la joven con armoniosa voz.

—Dorotea!

—Sí.

—Y vienes junto á nosotras á compartir los gozos que nos ofrece nuestra nueva creencia y el culto de nuestros nuevos dioses. Oh! haces bien: la vida es bella y la juventud debe ser una senda de flores.

Dorotea las miró con una expresión triste y amante, y de sus hermosísimos ojos brotó una gota de llanto, que rodó por sus mejillas de rosa como una líquida perla.

Después, acercándose á las dos hermanas,

—¿Por qué os habeis olvidado de Dios? las dijo con un acento tan triste y tan dulce, que se asemejaba al arpa de un ángel, lamentando la pérdida de un alma; ¿por qué os habeis olvidado de Dios? ¿no sabéis que los ángeles lloran en este momento vuestra falta, y que la Purísima María, reina amorosa de las vírgenes, os mira con pena y dolor?

Cristina quedó muda y Calixta se estremeció ante estas sencillas y amorosas palabras.

La niña, animada con su silencio, se acercó más á las dos hermanas, cogió una mano de ambas y estrechándolas contra su pecho,

—La vida, murmuró, es un breve día que concluye en una tumba; la eternidad no tiene fin; ¿por qué sacrificáis á un instante de mentidos gozos, siglos y siglos de inefables dichas?

—¡Ay de mí! exclamó Cristina dominada á su pesar y derramando lágrimas, ¡ya es tarde para retroceder!

—Sí, demasiado tarde; añadió Calixta cuyo corazón empezó á latir, agitado por un santo arrepentimiento, y animado por sus puras y primitivas creencias.

—¡Tarde! respondió Dorotea sintiendo brillar en su alma la luz de una dulce esperanza; ¡tarde! acaso no sabéis que el cielo se regocija más por la conversión de un culpado que por la perseverancia de cien justos? ¿acaso no sabéis que el Dios á quien adoramos perdonó y amó á María Magdalena, y la tuvo junto á la Cruz cuando murió para salvarnos, á ella que era una pobre pecadora y no á su hermana Marta, que vivió más puramente y sujeta á su santa ley? ¡Tarde! ¡Oh, no! decid una palabra y los serafines de vuestra guarda, que lloran aterrados ante el castigo que os aguarda, tenderán su blando vuelo para volver á vuestro lado, y arrancarán las flores de su frente para tejeros la eterna corona. Decid una sola palabra y la Virgen María os cubrirá de nuevo con su manto, y de nuevo os lla-



mará sus hijas! Decid una sola palabra y el mismo Dios, grande y potente, incomprensible y eterno, os tenderá su omnipotente diestra y os abrirá las puertas del cielo! Recordad que se llama Salvador porque salva y Redentor porque redime!

Cristina y Calixta se arrojaron gimiendo en los brazos de Dorotea, y ardiente llanto de arrepentimiento borró su pasado error.

Derramando dulces lagrimas las recibió en ellos la santa niña, y así permanecieron unidas mucho tiempo despues.

Las jóvenes hermanas se arrancaron sus galas, destrenzaron sus cabellos, y arrodilladas ante una cruz que Dorotea desprendió de su seno, permanecieron largo tiempo implorando el perdón de Dios.

Dorotea las acompañaba en su santa y ferviente oracion.

Y tan distraídas se hallaban en ella que no se apercibieron de la presencia de un hombre que penetró en la habitacion.

Aquel hombre era Apricio.

Cuando se acercó á las tres jóvenes éstas alzaron su casta mirada y se estrecharon junto á la cruz.

El procónsul lo comprendió todo.

Dorotea era vencedora en lugar de ser vencida.

Apricio, loco de furor, juró vengarse de aquella niña, y pronunció la sentencia de las tres jóvenes, condenándolas á morir entre los más crudos tormentos.

Ellas recibieron la noticia de la suerte que las aguardaba, sonriendo tranquilamente y dando gracias al cielo.

—Las rosas del paraíso van á ceñir nuestras sienes en la celeste mansion, dijo Dorotea á Teófilo, capitan de la centuria, que le trasmitió la nueva de su muerte; ¡bien haya tu voz que nos anuncia esta victorial!

Aquel hombre incrédulo é impío, y enemigo acérrimo de los cristianos, se sonrió con feroz ironía y exclamó entre una burlona carcajada:

—Cuando vayas á la morada de que hablas envíame una de esas rosas eternas, Dorotea, que quiero yo también aspirar su esencia.

—Rogaré á Dios que se cumpla tu deseo! respondió la niña con un acento lleno de esperanza y de fé, que contrastaba notablemente con aquella sangrienta burla.

En presencia de un pueblo numeroso y á la vista del feroz Apricio, las tres vírgenes cristianas fueron conducidas á las llamas, donde exhalaron el último aliento sin proferir una queja, con la sonrisa en los labios y la mirada fija en el cielo. En el cielo, cuyas puertas se abrían para recibir las, y á donde celebraban su entrada cien y cien ángeles entonando el himno de gloria.

.....  
Había pasado mucho tiempo.

Era un día de rigoroso invierno: grandes copos de nieve, cayendo silenciosamente sobre la tierra, la envolvían enteramente como en un blanco é inmenso sudario.

El viento hacía crujir las ramas de los desnudos árboles, y el cielo, de un color plomizo y oscuro, entristecía el alma, recordándole á la vista de aquella estéril y muerta naturaleza, el frío y la soledad de la tumba.

Una veintena de soldados romanos, que con su centurion á la cabeza, daban la guardia en el palacio de Druso, procuraban calentar sus ataridos miembros, ya ante la brillante llama de una ancha hoguera, ya acercando á sus labios los vasos de estaño llenos de un fuerte y confortante licor.

Hablaban de la persecucion de los cristianos y se mofaban cruelmente del valor y de la fé con que soportaban la muerte los confesores de Jesucristo.

Teófilo entonces refirió las últimas palabras que le había dirigido Dorotea y la promesa de la niña.

Las frases del centurion fueron acogidas con repetidas risas, y dichas con el acento de la más despreciativa burla.

En medio de aquella loca alegría, la puerta de la estancia se abrió sin ruido, y antes de que ninguno de los circunstantes se apercibiese de su presencia, un niño, hermoso como el día, risueño como la esperanza, y dulce y apacible como la sonrisa de una Virgen, llegó junto á Teófilo y tocando suavemente en su hombro con una de sus blancas y pequeñas manos, mientras que con la otra le presentaba un canastillo lleno de frescas y perfumadas rosas,

—Teófilo, le dijo. Dorotea, la niña mártir de quien te mofas en este instante, te envía estas flores menos bellas que su alma, menos perfumadas que su inocencia.

El centurion inmóvil y pálido, tomó maquinalmente aquellas rosas, y sintió que su corazón latía con desusada violencia y que sus ideas se turbaban.

Quiso preguntar al bello niño, dirigirle algunas palabras; pero su lengua permaneció muda, y el labio sin acento.

Cuando volvió en sí de su asombro el mensajero de Dorotea había desaparecido, y solo quedaban en su mano las aromadas y celestiales flores que el niño había depositado en ellas.

Teófilo aspiró la purísima esencia de aquellas rosas, y sintió que con su perfume penetraba en su alma una nueva luz y una fé nueva.

¿Y cómo nó, si estaban regadas con la sangre de un Dios, y embellecidas por el aliento de una Virgen?

Los soldados miraron con asombro aquellas prodigiosas flores; pero Teófilo, á quien iban destinadas, cayó de rodillas ante aquel milagro y fué el primero en exclamar:

—¡Yo creo, yo espero en el Dios de Dorotea! ¡Yo creo, yo espero en Jesucristo! único, solo, omnipotente y eterno, y le confieso públicamente y anhelo morir por él.

Todos los centuriones, dominados por aquella voz que nacía de un alma iluminada por la radiante luz de la fé, siguieron el ejemplo de su jefe, y la Iglesia de Cristo contaba, pocos días despues, con una veintena de santos y de mártires más, á quien Dorotea recibió en el paraíso, coronada de aquellas rosas eternas, que el celestial Esposo la había permitido enviar á la tierra por un instante.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.—IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.